

“INDOCENCIA”

Guillermo Ballenato Prieto. Psicólogo

Mi doble faceta profesional como docente y como psicólogo me lleva a contemplar la formación como si de una *terapia universal* se tratara. Es una inversión en futuro a la vez que una intervención preventiva donde el conocimiento genera bienestar, progreso y libertad para el individuo y la sociedad.

El papel de terapeuta le correspondería aquí al *maestro*, término lamentablemente en desuso, y que prefiero al de docente, profesor, formador, monitor o educador. Alude a esa persona que enseña una ciencia, arte u oficio, y que tiene el privilegio de crear, hacer crecer, guiar y dar forma, dar autonomía y ayudar a descubrir. Es algo así como un mago capaz de crear ilusiones o hacerlas desaparecer, un sembrador de vocaciones que también puede segarlas.

Normalmente tiendo a ensalzar el orgullo y la responsabilidad inherentes al ejercicio de la enseñanza, pero como contrapunto a esa orientación positiva suelo acuñar el término “*indocencia*” para aludir a tantos aspectos susceptibles de mejora. La Real Academia lo definiría probablemente como “falta de docencia”, pero permite algún que otro juego de palabras.

Para hablar de lo mejorable basta un rápido *chequeo* a la enseñanza en los últimos años. Las diferencias educativas entre los feudos autonómicos y la Enseñanza Secundaria Obligatoria han mostrado una realidad que dista mucho de los resultados esperados. Se ha pasado del bachillerato unificado y polivalente a una enseñanza disgregada y de menor valencia y nivel. Se ha llegado a denominar *obligatoria*, con la correspondiente connotación negativa, a una enseñanza que es en realidad un derecho.

Otras *dificultades* han surgido por el cambio de valores en los jóvenes, su progresiva disminución en la motivación y el contagio y agotamiento de los docentes, el incremento de los problemas de conducta dentro y fuera del aula, la falta de respuestas educativas adecuadas a las necesidades específicas del creciente colectivo de inmigrantes. En fin, por citar algunos temas.

Esta crisis educativa es a la vez una *oportunidad* de mejora para este nuevo siglo, en el que se impone un cambio importante y radical, una profundización en la calidad y la búsqueda de la excelencia más allá de los avances realizados. Sus principales artífices y protagonistas deben ser el docente y el propio alumno.

El *docente* tiene que responsabilizarse personalmente del aprendizaje de sus alumnos. Debe ahondar en el perfeccionamiento pedagógico y en la mejora de sus habilidades como comunicador y motivador. Tiene que sentir verdadero entusiasmo por lo que enseña para poder contagiarlo y despertar el deseo de saber. Él es la referencia, el modelo que tiene que enseñar a hacer de la calidad un estilo de vida, a creer en ella y sentir esa necesidad de mejora continua. Va a resultar esencial su papel como transmisor y clarificador de valores en una sociedad cambiante en la que las opciones y posibilidades de elección se multiplican por momentos.

El *discípulo*, otra palabra cuyo uso podíamos recuperar, tiene que dejar su papel de receptor pasivo y pasar a ser el protagonista del aprendizaje, un investigador y generador de conocimientos, un creador de ideas. Alguien capaz de interpretar, valorar y construir la realidad. La actividad académica le tiene que ayudar a descubrir, pulir y adquirir conocimientos, habilidades y actitudes.

La docencia debe adaptarse al *contexto actual*. Vienen tiempos de enseñanzas asistidas por ordenador, donde la informática tendrá que ponerse al servicio del aprendizaje y del docente sin restarle protagonismo. Afortunadamente ya no son tiempos de sacrificio, abnegación o sufrimiento, sino de motivación, de iniciativa y creatividad, de superación y creencia en uno mismo. El *desarrollo integral* del alumno tiene que ser una prioridad en la nueva enseñanza.

Aun reconociendo lo complejo y difícil de esta actividad, enseñar es un verdadero privilegio. Es una contribución a la libertad y felicidad de otras personas, a su desarrollo personal, humano y profesional, y en definitiva, al bienestar social y al perfeccionamiento de la humanidad. Pocos calificativos podrán honrar tanto al ser humano como el de *maestro*. Sólo tenemos que actualizarlo, revitalizarlo y dignificarlo aún más. Se trata de convertir la docencia, más allá de la profesión, en una auténtica *vocación* y una forma de ser y de vivir.